

F
935
SG

65916
F SG

~~Manuscrito~~
DISCURSO

LEÍDO EN EL
INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA
DE SEGOVIA

EN LA
SOLEMNE INAUGURACIÓN
DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1892 Á 1893,

POR
DON EULOGIO MARTÍN HIGUERA.

LICENCIADO EN CIENCIAS FÍSICO-QUÍMICAS
Y EN MEDICINA Y CIRUJÍA, CATEDRÁTICO AUXILIAR NUMERARIO
DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS.



SEGOVIA:
EST. TIP. DE SEGUNDO RUEDA,
Juan Bravo, 20.
1892.

D-301

Sig.: F 935 SG

Tít.: Discurso leído en el Instituto

Aut.: Martín Higuera, Eulogio

Cód.: 51078880





Excmo. Sr.:

Señores:



NUNCA como en la ocasión presente, riñeron en mi alma tan cruda lucha las pasiones, destacándose entre todas ellas, el orgullo y la humildad, antítesis incomprendible y debida sin duda alguna á la obsesión tremenda de mi espíritu en tan solemnes momentos.

Muéstrase el orgullo satisfecho al considerar que mi desaliñada frase, ha de ser escuchada por público más que inteligente y distinguido, y siento alzarse en el fondo del alma un grito de humildad, al profanar con mi presencia esta cátedra, honrada cien y cien veces por esa pléyade de ilustres sábios, que encanecidos unos en la ciencia y en los mejores días de la vida otros, han emitido desde este sitio acentos de verdad, arrancados á un talento clarísimo y á méritos indiscutibles de que me siento de todo en todo desposeído, teniendo que acudir al ocupar un puesto que no me corresponde, á la indulgencia que anida siempre en imaginaciones tan claras como las vuestras.

Al ser invitado para confeccionar el discurso de apertura, lo confieso francamente, no tuve en cuenta mi carencia absoluta de facultades, y dejando que la soñadora imaginación pintara con rosadas tintas y mágicos colores los triunfos del orgullo satisfecho, prometí hacer lo que solo es dable á los destinados á sentir las apoteosis sublimes del saber, y son más tarde coronados de laureles inmarcesibles.

bles, al llegar, después de rudísimos esfuerzos en la santificada senda del trabajo, al acmé envidiable de la gloria.

Falto de ciencia, enervadas mis deficientes facultades por rudísimo trabajo, reclamado por los séres infelices á quienes el dolor aisla del mundo social, y sin tiempo material para coordinar los pensamientos, mi trabajo ha de ser deficiente en demasía, y temo que la brillante historia de nuestras aperturas, abra un paréntesis para consignar una elocuente protesta, castigo merecido á mi exagerado atrevimiento. Mas algo se ha de conceder á la juventud y puesto que el hombre, en todas las edades y desde el momento en que su organismo ha alcanzado el desenvolvimiento de todas las facultades, puede cumplir la misión que la Providencia le confiara, trataré de corresponder á la deferencia de mis queridos compañeros; lamentando si que el último de todos, haya de dirigiros la palabra en este acto, el más solemne de cuantos celebra el Instituto, y que dió ocasión en circunstancias idénticas, á brillantes manifestaciones del génio en las que se despertó el sentimiento de lo bello, lo bueno y lo justo.

Ancho campo abierto en absoluto á la inteligencia, mostrábame variados temas á mi disertación, siendo difícil escoger uno, por considerarlos todos ellos suficientemente dignos de ser tratados por pluma mejor cortada que la mía y la casualidad ha podido en parte decidirme á exponer á vuestra consideración un asunto que, más que científico, es de actualidad indiscutible y para cuyo desarrollo, no se necesita apelar á elucubraciones científicas, ni á penosos razonamientos, sinó única y exclusivamente á la observación atenta de lo que nos rodea constituyendo el ambiente social que se respira en el presente siglo, fecundo en toda clase de trastornos, tanto en el mundo físico como en el intelectual y el moral.

El hombre, que ha logrado aprisionar en su inteligencia el secreto de la rotación eterna de los astros, descubriendo

sus inmutables leyes; medir las inmensidades del Oceano y desmenuzar una por una las partículas que constituyen la atmósfera; el hombre que transformándolo todo, ha conseguido convertir la electricidad en poderoso agente de calor, luz y fuerza, estudiar las leyes del sonido, analizar químicamente las gigantescas astromerías que rodean nuestra planeta, descender al invisible mundo de lo pequeño con el auxilio del microscopio, robar á los cuerpos el secreto de su íntima composición, hacer que repercuta su voz á gran distancia á través del hilo finísimo del más sencillo de los aparatos; el hombre que tanto ha conseguido, párase pocas veces á contemplarse á sí mismo y cual si olvidara en absoluto el *nosce te ipsum* no se atreve á penetrar en lo que llama su conciencia temeroso, quizá, de sentir el torcedor del remordimiento al observar su conducta como ser social.

De ahí, señores, la marcha impresa á la sociedad actual, en la que la despreocupación por las creencias, engendra un grosero positivismo, cuya realidad imprime carácter, y cuyas máximas matan los más puros ideales y destruyen los sentimientos más sublimes sumiendo al espíritu en el tremendo abismo del excepticismo y haciéndole incapaz de lo bueno y lo justo.

No está en mí ánimo, ni la indole de este trabajo lo permite, seguir paso á paso el desenvolvimiento de la actual sociedad: dejemos á un lado el origen de las teorías positivistas que pasaran como pasaron las aristotélicas ideas, al sensualismo de Thales de Mileto, al materialismo de Demócrito y Epicuro; las máximas de Loke, Cabannis, Descartes, Balmes y Van-Spencer y limitémonos al presente á demostrar que, *La rotación de la actual sociedad sigue las leyes del Positivismo y las creencias so'o se salvan con la Instrucción.*

Diffícil por todo extremo sería pretender siquiera el conocimiento de la manera de sentir y pensar de los hombres, si hubiéramos de hacer un estudio subjetivo de cuantas pasiones se agitan en el alma, y de los múltiples afectos que germinan de una manera continuada, en el corazón, órgano principalísimo, á nuestro juicio, del sentir y centro donde se reflejan las manifestaciones del cerebro. Mas si el estudio subjetivo es imposible, resulta fecunda en deducciones la observación atenta de los hechos realizados por la humanidad, teniendo en cuenta que las obras son y han sido siempre el reflejo de las creencias que informan la marcha de las grandes agrupaciones y dan origen á las variantes sociales en los distintos siglos de la historia.

Recorred detenidamente las diferentes épocas en que la humanidad ha desenvuelto su vida, y sin gran esfuerzo de imaginación podréis apreciar de un modo claro y evidente las creencias que han dominado en la sociedad originarias de esas modificaciones que hasta nosotros han hecho pesar su influencia, dada la intensidad con que obraron en todos y cada uno de los grupos sociales que, perfectamente distintos entre sí, se completan para formar un total conjunto armónico y necesario, atendida la manera de ser del individuo en particular.

Los grandes hechos realizados en el trascurso de la historia y esculpidos en ella con indelebles caracteres, han tenido todos un ideal á que obedecer, ideal tanto más noble cuanto mayor fué la abnegación del individuo y más sana la moral de su doctrina.

No cabe dudar un solo momento, que ese mismo ideal llevado en ocasiones hasta la exageración del fanatismo, ha producido sacudimientos sociales, cuyos trastornos aún dejan sentir su influencia, como si asistiéramos á las últimas vibraciones, producidas por el sentimiento de lo gran-

de, tan vivo en nuestros antepasados, como extinguido se encuentra en la sociedad contemporánea.

Bajo múltiples aspectos se ha manifestado el ideal en las distintas épocas. El amor pátrio convierte á los antiguos griegos en guerreros admirables, cuya pujanza no basta á destruir la ambición de un persa, que no comprende lo imposible de vencer á un pueblo cuando pelea en defensa del hogar bendito, en que las penas son dulzuras y la espina del dolor no alcanza á destruir una felicidad, basada en la refundición de dos almas, que se completan en delicioso lazo: el amor pátrio hace un héroe de cada numantino, y al par que lega á la posteridad el nombre de Viriato calcina entre la sangre de los sitiados los cimientos de Sagunto.

El ideal de la verdad, engendra en los pasados siglos un Sócrates, que comprendiendo la existencia de un solo Dios, ridiculiza los vicios de su patria sumida en las tinieblas del politeísmo gentílico y se burla de los que condenándole á beber la cicuta, abren la era de los mártires y muestran el camino á los que, amantes de la justicia, no se han dejado doblegar por las absurdas imposiciones del positivismo.

El amor á la libertad, dá origen á las tribus salvajes, que sin otra ley que el código moral que cada uno lleva escrito en su conciencia, se someten á las prácticas de la justicia más recta, sin acoger otro odio en su corazón que el que sienten hácia los hombres civilizados, que menos honrados, les cazan como fieras, cual si la idea del asesinato no pudiera pesar en los que hoy ahogan el sentimiento en pró de un fin moralizador que disfraza la más cínica de las ambiciones.

El ideal de la religión, obsesionando el espíritu en las pasadas épocas y más enérgico que ninguno, ha engendrado multitud de hechos en que cabe estudiar, lo mismo los rasgos más sublimes de abnegación, que los detalles más repugnantes del crimen, y casi siempre, las consecuencias

del fanatismo dejando pesar su desastrosa influencia sobre la humanidad entera, ágitada por el más feroz de los ódios é impulsada á luchas fatricidas por el ideal que más influencia ha ejercido sobre las pasadas generaciones, haciendo que un Mahoma recorra sus vencedores estandartes por todo un mundo y dando prosélitos al apóstata Lutero, al mismo tiempo que víctimas al tribunal más horrible de cuantos conocieron los siglos.

La creencia religiosa, constituyendo la única ley en tiempo de las Catacumbas, arroja multitud de seres humanos á los horrores del Circo y lanza á la posteridad el aborrecido nombre de los Nerón y Diocleciano, al par que dá los primeros héroes á la doctrina del Crucificado y lega á las edades futuras con indeleble sello, el hermoso lema *ama al prógimo como á tí mismo*; apoteosis sublime del amor únicamente comprensible en el que supo sentir todas las abnegaciones en medio de infinitas amargas.

Solo influenciados nuestros antepasados por ese espíritu de oposición á todo lo que no fuera cristiano, pudieron acometer esa gloriosa epopeya de ocho siglos, consiguiendo vencer á la morisma y sumir en la más tremenda de las adyecciones á una raza, que, marchando entónces á la cabeza de la civilización, dió á España tantos días de gloria, como gotas de sangre fecundaron los campos de nuestra patria, en las terribles luchas de la edad media, en que al grito de *Santiago y cierra España* y sin otros ideales que *su Dios, su rey y su dama*, se lanzaban nuestros compatriotas á la victoria, considerándose más dichosos cuando segaban con su espada más cabezas de africanos, y tornando á su hogar con la sonrisa en los lábios, sin pensar que acaso el infeliz muerto, dejaba en el abandono algún pequeño de rubia guedeja, como la que contemplaba en el niño que espera impaciente la vuelta del guerrero, para completar con un beso de amor las caricias de la suerte.

El ideal religioso pesando sobre la edad media como el

férreo yugo de la esclavitud, hace guerreros á los Papas, origina un Julio II y dá motivo al Duque de Borbón, para sitiár la ciudad eterna, poner preso al Pontífice y romper por la fuerza de las armas, la liga más impolítica tramada contra nuestra pátria.

La ciencia, hace concebir un ideal al marino genovés cuyo nombre se pronuncia hoy por todos los lábios y en todos los rincones de nuestro planeta y apesar del anatema de los falsos sábios, consigue Colón un nuevo mundo, y hace que la posteridad esculpa en letras de oro, un nombre en el libro de los siglos, nombre bendito que no han bastado á borrar las acometidas de la envidia de la que fué mártir el primer navegante y el primer filántropo.

De todos esos ideales sublimes ¿qué queda en la sociedad actual? Nada; los mártires de la idea, los apóstoles del desinterés y la abnegación, huyeron para siempre, acaso atemorizados por esas máximas egoístas, que, aniquilando toda iniciativa generosa; solo dejan ancho campo de evolución á las modernas teorías, que como la de Monroe, parecen basadas exclusivamente en la fatal ley de Malthus. única que preocupa, con honrosas excepciones, á los prohombres de nuestro siglo.

No busquéis hoy actos pasionales tan notables como los que originó, el amor en Marco Antonio y Cleopatra, en Hero y Leandro; el sentimiento pátrio en Anníbal y los numantinos; el amor divino en Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales; el amor á la humanidad en Sócrates y San Vicente de Paul y el amor á la ciencia en Galileo, Servet y tantos otros que merecieron en justicia el envidiable título de sábios.

El principio esencialmente moral de que el individuo se debe á la colectividad, ha caído en el olvido más profundo y vano sería pretender en cada uno, la abnegación suficiente para concurrir á un fin determinado, siempre que de la empresa no resulte satisfecho, siquiera en parte, el inte-

rés esencialmente individual, eterna rémora para toda acción eminentemente grande.

Perdido el ideal, sometida la sociedad moderna al culto del positivismo, se originan en los de arriba, en los que pudiéramos llamar privilegiados, veleidades incalificables; en los de abajo, en los menos instruídos, se desarrolla ese gérmen fecundo de discordias, que esbozando sus primeros actos en los purísimos ambientes de la libertad, producen sus últimas manifestaciones, entre las negruras de la cárcel, las melancolías del manicomio ó las repugnantes sombras del cadalso.

El interés individual unido al desprecio de las creencias, producen en las sociales masas, esas reacciones tremendas que, tratando de invertir el orden establecido, se manifiestan en las agrupaciones anarquista, socialista nihilista y tantas otras como han tenido su desarrollo al calor de las nuevas teorías acerca de la libertad, y en el desprecio de la conciencia de que hacen gala multitud de apóstatas, que más tarde persiguen con encarnizamiento á los que son encarnación legítima de sus actos.

La falta de fé en el individuo, se traduce más tarde en la colectividad, y el falso concepto del bien, desarrolla esos apetitos desordenados que influyen en la voluntad soberana del hombre para determinarle á obrar, sin poder puntualizar el acto por sus coordenadas esenciales, la creencia y la instrucción necesaria para llevarla á la práctica, sin vacilaciones, ni otra sugestión que la que obedece al convencimiento propio, condición esencial para la profesión de una doctrina.

Preguntad á esa enorme masa que se mueve al impulso de una voz, el ideal que persigue, pedidla que puntualice sus creencias, exigid si os place la explicación de sus apetitos y, triste es confesarlo, os dirá que sin fé, sin entusiasmos, se siente arrastrada á una empresa en que entrevé

muy lejos, la mísera utilidad que proporcionarle puede el sangriento botín de sus despojos propios.

No pidais al individuo que patrocina una idea, la firmeza necesaria á la constancia, no le exijais la suficiente energía para perseverar en sus propósitos, con un desprecio profundo, con el dejo amargo del que vende la conciencia, le vereis caminar en encontradas direcciones hasta dar fondo en donde, permitidme la frase, la utilidad es mayor y la ganancia más segura y duradera.

No creais que las obscuras tintas del cuadro que presento á vuestra consideración, han sido quimérico engendro de acalorada fantasía, ni producto de un excepticismo que no cabe en mi alma, no; la juventud que tiene encantos indefinibles con variedad de matices que deslumbran y fascinan, las ilusiones, los ensueños, bullen en mi mente y me ofrecen un mundo de esperanzas y un porvenir más lisonjero; mas al presente, en esas luchas en que las pasiones se agitan y chocan entre sí, en ese hervidero en que brotan los pensamientos, apenas si pueden recogerse otros ideales que los producidos por el espíritu egoísta que domina á la generación actual, que esencialmente descreída camina sin fe, en un océano de desengaños.

Contemplad la juventud, observad sus creencias y la realidad de mis afirmaciones encontrará una prueba en el sombrío cuadro de adolescentes que sin noción determinada y fija de la providencia, caminan paso á paso por la senda de la humanidad, teniendo arraigadas en el corazón las máximas funestas que aprendieron de un mundo, sin otros ideales para el porvenir que los que dibujar pudieron los perniciosos ejemplos de la época.

Mirad al hombre en la plenitud de sus facultades, deteneos un solo momento á contemplar como transcurren los días de la robustez, y podréis observar las torturas que produce en el espíritu ese inmoderado afán de innovaciones que se siente por todas partes, cual si la sociedad no se

sintiera firme en sus cimientos y asistiéramos á las últimas convulsiones de un mundo que se derrumba.

Ni la vejez, esa edad en que calmadas las pasiones, parece debiera asistir indiferente á cuanto sucede, tiene suficiente tranquilidad y es que no encuentra placer en ver una generación nueva, porque lejos de dejar por herencia virtudes que imitar, deja en pos de sí el gérmen de toda clase de trastornos.

Torpe fuera yo si pretendiera deciros la causa de tantos males, vuestra poderosa inteligencia os dice que la falta de ideales y de fé, al par que la deficiente instrucción de nuestra sociedad, son los gérmenes de los males que flotan en nuestro horizonte, amenazando destruir al poderoso empuje de sus sofismas y elucubraciones, los principios de la verdadera ciencia y de la moral indiscutible. Creadme pueblo instruído y tendréis un pueblo creyente, dad creencias á la sociedad y tendréis la sociedad moralizada.

No pretendamos nosotros los encargados de ilustrar á la juventud moderna, que la mayor instrucción es causa de que los hombres al pretender discutirlo todo, todo lo perturben, nó. La instrucción deficiente, aquella que enseña á comprender la parte sin poder abordar el conjunto, es la que perjudica á la sociedad; esbozar los rudimentos del misterio para dejar sumidas en las tinieblas de la obscuridad la esencia de las cosas, es cuando menos un abandono censurable, cuyas consecuencias se tocan más tarde, al ver á los iniciados en la instrucción, sin los precisos conocimientos para dirigir su voluntad á la obtención de lo absolutamente bueno.

Cuando las creencias se han asentado sobre bases firmísimas en la sociedad, esta ha caminado á su desenvolvimiento y perfección sin esos gravísimos trastornos que hoy puede cohibir aún al código, porque los hombres no han perdido por completo el sentido moral, próximo á pe-

recer, si la instrucción no tiende una mano salvadora á esos miles de desdichados que sin poder discutir una doctrina, siguen como masas inertes á los apóstoles del positivismo en sus más amplias y repugnantes manifestaciones.

El que cree sin la ilustración necesaria para comprender la razón de sus creencias, vacila, se doblega y cae cuando la observación atenta le pone de manifiesto la libertad que le dá la profesión de otros principios, siquiera se hallen estos menos en armonía con los grabados en el código moral que Dios escribiera en el corazón del hombre cuando por un acto de su divina omnipotencia le creara.

La inteligencia incansable en su trabajo continuo de investigación, busca con afán inusitado y como obedeciendo á su destino, horizontes nuevos donde desenvolver sus poderosas energías. No satisfecha jamás, cruza los espacios con rapidez vertiginosa y cuando pudiera creérsela cansada al adquirir una verdad ó al robar á la naturaleza un secreto, muéstrase dispuesta á nuevas excursiones por el mundo de lo desconocido, y en esa peregrinación constante, triste es confesarlo, cae á veces en el abismo del error y con aberraciones incomprensibles, dá como verdades los productos de falsas investigaciones.

Esto que pasa en los acostumbrados á dirigir su inteligencia en la adquisición de la verdad, guiándose de la ilustración, ha de ocurrir con más frecuencia en aquellos que, dando libertad absoluta al pensamiento, no ponen mas trabas á sus quimeras, que las que pudiera darles la impotencia de la facultad creadora para traspasar los límites que caen bajo su acción amplísima, en la que caben en absoluto la multiplicidad de creencias.

Instruyamos á las clases más propensas hoy al error, enseñémoslas á distinguir perfectamente lo bueno y lo justo, perforemos con la ilustración las nieblas de su inteligencia, y cuando puedan comprender la bondad de las doc-

trinas que profesamos, no podremos temer esas profundas aberraciones del espíritu, que olvidando creencias salvadoras, pone a! borde de la ruína á los que pueden hallar una calma que hoy no tienen, haciéndoles comprender que tanto vale el individuo cuanto más directamente camina por la santificada senda del trabajo.

Las opiniones profesadas por la generación que se halla en la plenitud de su vida, no pueden prosperar, á menos que pretendamos llegar al estado de anarquía que pregonan las clases inferiores, moldeadas por los que explotan la ignorancia, hallando en ella el más firme sostén y el más inexpugnable baluarte para el medro personal, único objetivo que persiguen los que, hastiados del orden, pretenden vivir á costa de los sacudimientos terribles de los desheredados, soliviantados por esas máximas que inculcan en su ánimo los furibundos apóstoles de las nuevas doctrinas que, lejos de seguir el camino de los mártires de la idea en todos los tiempos, han inaugurado la era terrible de los verdugos.

La sociedad camina á la ruina y por doquier se notan esos desagradables síntomas de descomposición que indican las últimas postrimerías de lo que acaba, y es necesario que los hombres de buena voluntad levanten un grito enérgico, que, repercutiendo sus ecos en los distintos puntos de la tierra, opongan un dique poderoso á ese mar de nuevas enseñanzas que amenaza inundarnos, al par que evite el naufragio completo de las antiguas creencias con las que la humanidad ha desenvuelto su vida sin necesidad de espectáculos tan terribles como los proporcionados á los pueblos en los últimos tiempos, espectáculos en que fueron protagonistas los que por su falta de instrucción se comprometieron á hacer el juego de sus asesinos.

No podemos continuar tan penoso camino á menos de dar una prueba de profundo desprecio hacia nuestros hijos que han de verse arrastrados por las corrientes de su época

y forzados á seguir las huellas que les trazáran sus predecesores, én ese olvido de la moral que inculca siempre la madre cariñosa menos positivista y con abnegación suficiente á sacrificarse por el pequeñuelo á cambio de una sonrisa que mata el sufrimiento.

Enseñar al que no sabe, és una de las obras de misericordia consignadas en la moral cristiana y cuando la ignorancia con sus trascendentales secuelas hace zozobrar creencias discutidas sin la razón suficiente á comprender su bondad ó su malicia, es preciso extender la instrucción para que todos, absolutamente todos puedan darse cuenta exacta del credo que profesan y comprendan el alcance de las maximas del presente siglo, en las que el refinamiento de la malicia, es la única nota dominante, produciendo ese excepticismo desconsolador de que se hallan dominadas las distintas colectividades marchando al acaso, sin fé en sus opiniones, sin esperanza en las redentoras doctrinas de miras egoistas y entreviendo allá en lontananza la fatal quimera que engendra la imaginación influenciada por los delirios de un ideal falso é imposible.

El sumo bien, la felicidad absoluta, en vez de radicar para la sociedad presente, en esos soberbios y terribles misterios de otra vida postrera, lejos de tener un ideal consolador en la suprema justicia que alcanzarse puede al trasponer el tranquilo ocaso de la existencia presente, ha forjado sus falsos dioses en el desquiciamiento social que se adivina, y con el ansia cruel de las tardías esperanzas, acéchase el momento en que la última creencia haya desaparecido en el corazón de la humanidad, para lanzar á ésta en el abismo de lo desconocido y hacerla asistir al infernal banquete, cuyos despojos primeros serán los apóstoles de la falsa ciencia, que hoy pretenden arrancarnos la última vibración de la fé de otros tiempos.

¡Inútil esperanza, supremo é infinito delirio en que se agitan los ateos de la época presente!

La instrucción, tendiendo una mano cariñosa y bienhechora á los que se hallan próximos á servir de pedestal al fantasma de todas las ambiciones, arrancará del borde de la ruína, á los que hoy carecen de la suficiente razón para destruir falsas argucias y aferrando en las antiguas ideas á los descreídos sin malicia, retrotraerá la sociedad á los tiempos en que los ideales generosos eran el primer impulso de las obras y en que la satisfacción del triunfo no iba jamás acibarada por la punzante espina del remordimiento.

¡Ah señores! La triste realidad del presente, ofrece un cuadro lúgubre y sombrío; más al plomizo tinte de las nubes que se ciernen sobre nuestras cabezas, sucederán las risueñas tintas de la aurora al despertar con sus infinitos rumores al adormecido hoy entre las horribles dudas que engendra el ánsia de ambición no satisfecha; á las densas nieblas del presente, sustituirá la brillante luz del sol; á la árida y pedregosa senda que se extiende á nuestra vista, sucederá, no lo dudeis, un oasis de verdor que refrescara nuestras agostadas esperanzas. Pasarán las actuales quimeras y serán arrastradas por la instrucción, como son arrastradas por el viento otoñal las secas y marchitas hojas desprendidas del árbol, y el recuerdo del pasado quedará, únicamente como una pesadilla del espíritu.

A conseguir esto se halla destinada esa juventud que llena nuestras aulas; ella ha de ser la heredera de nuestra ciencia; ella aquilatará nuestras virtudes y reformará nuestras costumbres. Al contemplar la nueva generación, se siente renacer la esperanza, parece que el entendimiento tiene más luz, que los sentidos acojen mejor las impresiones, que la fé se fortifica y se siente en el alma un bienestar indefinible.

Vosotros, mis queridos jóvenes, que lleváis en vuestra imaginación el germen de todas las iniciativas, vosotros que pretendéis correr en marcha progresiva el camino de

todos los descubrimientos, sin encontrar límite y obstáculo á vuestro paso, sois los encargados de arrancar á la sociedad actual esas creencias que la esclavizan; trabajad con fé y acced el consejo de vuestros maestros que tienden á salvaros del precipicio. No os dejéis influenciar por las corrientes del positivismo; dad amparo en nuestro corazón á las ideas generosas; difundid la instrucción por todas partes y estad seguros de que la sociedad acogerá con cariño vuestros desvelos y fatigas.

El camino le teneis trazado, seguid sin vacilaciones por la santificada y honrosa senda del trabajo, sin que os detengan jamás las punzantes espinas que hallareis á vuestro paso; cumplid la misión para que la sociedad os ha destinado y despreciad los alfilerazos de la crítica que tratará de heriros en lo mas sensible pretendiendo lanzar sobre vosotros el terrible anatema del ridículo. La humanidad que hoy reclama vuestros esfuerzos, coronará mas tarde vuestras sienes con el laurel de la gloria y la pátria, esa cariñosa madre, que infunde en nuestro corazón alegrías y tristezas á compás que se engrandece ó aniquila, esculpirá mas tarde vuestros nombres entre los nombres benditos de la posteridad.

He, terminado, señores y temo haber abusado de vuestra benévola atención al obligarla á seguir paso á paso mi premioso razonamiento en demostración de la propuesta tesis, dispensadme; influido mi pensamiento al confeccionar este discurso por dos causas igualmente desagradables, la premura del tiempo (casi el materialmente necesario para escribir las cuartillas) y por lamentables disgustos que personalmente me afectan, no se hallaba en las mejores condiciones para producir hermosas ideas, ni imagenes llenas de luz y colorido, mas puedo aseguraros que mi voluntad estuvo siempre animada del mejor deseo y culpa fué de mis escasas condiciones el no poder llegar donde la facultad deliberativa se propuso.

Dispensadme, también, mis queridos escolares, sino supe herir la fibra sensible de vuestro corazón interesando le en pró de mis teorías; he pretendido daros un consejo y consideraré por bien empleado mi pobre y deficiente trabajo, si algún día, en el rodar eterno de la humanidad, recordais una sola de las máximas que se han enseñado en este Establecimiento, ávido siempre de alcanzar para vosotros la instrucción y moralidad que son condiciones esenciales de la felicidad de los pueblos.

He dicho.

